



W.

Una historia



STEVE SEM-SANDBERG

*Traducción del sueco a cargo de
Carmen Montes Cano*



IMPEDIMENTA



WOYZECK.
(*confidencial*)

Doctor, ¿ha visto usted alguna vez la doble naturaleza? Cuando el sol está en lo alto del mediodía y es como si al mundo lo devorasen las llamas, me ha hablado una voz terrible.

DOCTOR.
Woyzeck, tienes una *aberratio*.

WOYZECK.
(*se pone el dedo sobre la nariz*)

Los hongos, doctor. Ahí, ahí está el intrínquis.
¿Ya ha visto usted qué figuras forman los hongos al crecer en el suelo? ¡Quién pudiera leerlas!

GEORG BÜCHNER, *Woyzeck*¹

1. Las citas del *Woyzeck* de Georg Büchner están tomadas de la traducción de Carmen Gauger, Alianza Editorial, 2016. (*N. de la T.*)

I.

DURANTE EL EXAMEN DEL ENCAUSADO

Si llevamos a cabo un estudio detallado de la vida del paciente antes de que su psique quedara destruida, llegaremos seguramente a la conclusión de que la causa de que fallaran el cerebro y las venas puede hallarse en la forma mediocre en la que vivió su existencia, en sus excesos y su decadencia moral.

JOHANN CHRISTIAN AUGUST HEINROTH
«Lehrbuch der Störungen des Seelenlebens oder
der Selenstörungen und ihrer Behandlung»
(1818)

(¡Mátala, mata a la Woostska,
mátala de una puñalada...!)

En el interrogatorio policial posterior no pudo recordar de dónde surgieron aquellas palabras ni cuál fue la voz que las pronunció, dijo simplemente que fue como si la mano de un gigante lo hubiera agarrado de pronto por el pecho y lo hubiera arrojado al suelo. Y la fuerza de ese movimiento resultó tan..., bueno, cómo decirlo, tan *enmudecedora* que, más tarde, fue como si no se hubiera producido, como si las palabras ni siquiera hubieran sido pronunciadas. Había acordado con Johanna que ese día se verían en Funkenburg. O más bien: él no sabía con certeza si habían acordado algo en concreto. La última vez que se vieron, fue ella la que acudió a él y lo tocó por primera vez en mucho tiempo y le preguntó por el nombre de un soldado de la guardia urbana al que creía que él conocía y entonces él le preguntó a ella si no podía ir con él también alguna vez, ahora que las tardes eran largas y claras. Y ella lo miró con esos ojos oblicuos de loba y esa sonrisa que a saber por qué le brindaba tan a menudo, divertida y medio compasiva a la vez, como cuando se mira a un niño, y le dijo que iría con él de mil amores. A pesar de que no habían acordado nada en concreto, dijo, y los dos policías se lo quedaron mirando sin entender de qué

hablaba. Uno era un agente de pelo ralo que estaba sentado detrás de una robusta mesa de roble; el otro, un colega bastante más joven, flaco y larguirucho. Era el joven el que levantaba acta, pero en lugar de escribir estaba sentado juntando los pulgares y humedeciéndose los labios con la lengua como si le incomodara encontrarse en la misma sala que un hombre al que habían sorprendido cometiendo el más atroz de todos los crímenes posibles. W. se miró las manos. Ya no le temblaban. De ahí que, dijo al fin, bajara a El Ganso Dorado ya por la mañana. No sabía con certeza si habían acordado ir juntos o no, ella no le había dado su palabra. Pero no se encontraba allí cuando él llegó. Tampoco se encontraba en casa de Warneck, ni en la calle Sandgasse, donde le alquilaba una habitación a la señora Wognitz. Debíó de irse por la mañana temprano, y entonces, por primera vez, él decidió acudir allí. ¿Acudir adónde?, dijo el agente. A Funkenburg. Al restaurante del jardín. Tal vez ella quería llegar temprano, para asegurarse de que les dieran una mesa cerca de la orquesta. Aunque por unos conocidos que andaban haraganeando en las inmediaciones del antiguo lavadero supo que más temprano aún aquella misma mañana la habían visto en Brühl caminando del brazo del soldado Böttcher, y a ese Böttcher lo conocía él de antes, un hombretón alto e imponente, de piel algo sonrosada con un bigote frondoso y anchas patillas. Él ya los había visto juntos varias veces. En una ocasión fue en los jardines de Bosen Garten. Pasó cerca de ellos y decidió no saludarlos. Pero ¿acaso les importó? Caminaban del brazo y Johanna no tenía ojos para otro, iba sonriéndole, aunque no como le sonreía a él, a Woyzeck, igual que se le sonríe a un niño o a un necio, sino abiertamente, diría incluso que con descaro, lisa y llanamente, y vaya si no hubo algo en aquella sonrisa que hizo que le hirviera todo por dentro después, no sabía si fue aquella misma noche u otra noche cualquiera o incluso varias semanas más tarde, estaba tan furioso y tan desesperado que no pudo sino ir a buscarla a Sandgasse a pesar de que ella se lo había prohibido expresamente, y claro entonces él no sabía si había vuelto a estar con el tal Böttcher o si fue con otro y

tampoco pudo comprobarlo porque la señora Wognitz, a la que arrendaba el cuarto, apareció con una escoba y lo espantó escaleras abajo y luego la vio en la ventana gritando de suerte que la oyó el barrio entero *hay que irse a casa ya, Woyzeck, hay que irse a casa: ¡adiós, adiós...!* El agente ya ha perdido por completo la paciencia con él. Quiere saber qué pasó con el arma homicida. ¿La tenía preparada la primera vez que se dirigió a Funkenburg, es decir, por la mañana? ¿O fue luego, cuando comprendió que la viuda Woost se las entendía con aquel soldado, como quiera que se llamara? ¿Cómo se llamaba? Eso último se lo dice a su subordinado, que lee raudo las notas que ha escrito y responde refunfuñando. Blöttcher, dice, y se humedece las comisuras con la lengua. ¿O quizá se había agenciado el arma con anterioridad? En todo caso, ¿cómo la había conseguido? W. se pasa las manos por la cara. De ningún modo alcanza a comprender por qué les preocupa tanto el arma, precisamente. Trata de explicarles que esa hoja de sable lleva mucho tiempo en su poder, no estaba entera, quedaba menos de la mitad y la guardaba en una bolsa de tela, pero le faltaba la empuñadura. Así que tenía pensado llevar a cabo el crimen ya desde el momento en que comprendió que la viuda Woost no iba a cumplir su palabra, sino que había decidido irse con el soldado ese, ¿cómo se llamaba, Blechner? Que no, no fue eso lo que ocurrió. Yo no decidí nada, dice tan tranquilo y sereno como puede. Todo estaba ya decidido de antemano, ¿sabe, agente? Era como si la mano de un gigante me hubiera agarrado el pecho y luego fue como si nada hubiera ocurrido. Me sentía el corazón ligero, dice, y se mira fijamente las manos, que tiene cerradas sobre las rodillas. Han empezado a temblarle otra vez. El agente también empieza a observarle las manos. Bien, si volvemos al día de autos, dice después de haber lanzado una mirada elocuente a su colega. Y después de que averiguaras que la viuda Woost se encontraba en compañía del tal soldado Böttcher, ¿qué ocurrió después? Él se pasa las manos por el cuero cabelludo, las baja hacia la frente y luego por los ojos hasta la barbilla y el cuello. Ahora le tiemblan más aún, le tiembla todo el cuerpo. Trata

de recordar. Se le confunden los días. En realidad las últimas semanas no había tenido casa fija, más bien había ido de aquí para allá, pedía préstamos a corto plazo donde podía, dormía donde accedían a darle cobijo y al raso los días que no encontraba nada. De todos modos, eran noches cálidas y secas. Pero la paciencia del agente se había agotado ya por completo. ¿La llevabas encima también durante ese tiempo?, pregunta refiriéndose a la hoja de sable. Y él no sabe qué responder. A ver, tiene que comprenderlo, agente, uno va reuniendo cosas, la hoja de sable estaba partida por la mitad pero tal vez fuera posible canjearla por algo, comida, por ejemplo. Ni por un momento se imaginó que pudiera dársele tal uso. Y luego se le olvidó todo igualmente. Me había encontrado con unos conocidos del mesón, el boticario y Bon, el ayudante del matarife, y también los dos aprendices de Warneck. Me senté con ellos un rato pues estaban a la sombra y querían invitar. ¿Así que en ese momento estabas bebido? ¡No, bebido no! Cómo explicárselo. Era como si se encontrara en un lugar donde no existían los pensamientos. Recuerda el viento que corría entre los altos tilos, la luz que envolvía las sombras de las hojas sobre las mesas aún vacías, y en el suelo, abajo: el dibujo que formaban las hojas temblorosas, y cómo él de pronto se siente libre de todo lo que por lo general abrumba y ahoga al máximo. Vacío, y como ingrávido. La presión del peso de otros cuerpos en movimiento que en condiciones normales están por dondequiera que va, las voces, los gritos, todo eso deja de afectarle. Cual si flotara entre el sueño y la vigilia, el cuerpo sumido como en un sopor, pese a todo está tan lúcido y con la cabeza tan despejada que todo penetra dentro de él con la fuerza íntegra de la percepción; y a veces se ha dicho que ese estado es el único real. Solo cuando lo que sucede a su alrededor ha dejado de afectarle es capaz de prestar atención a lo que de verdad quiere recordar y considerar. La piel de Johanna, en el punto donde está más desnuda y desprotegida, detrás de la oreja, hacia la nuca, en el hoyuelo de la garganta o entre los omóplatos. Su risa profunda, sorda, cuando lo mete dentro de sí. En ese interior dulce, caliente

y húmedo. Pero eso no se lo puede explicar a ellos. Aparta la vista del agente, que sigue mirándolo de hito en hito con ojos apremiantes pero indiferentes a un tiempo y se mira las manos que tiene en el regazo y las palmas vueltas hacia arriba. Esas manos de asesino. Ya han dejado de temblarle. Recuerda cómo persistió la luz de la tarde mucho después del toque de campanas, como un resplandor cobre de tonos verdes sobre el cielo que protegían las torres de las iglesias y los tejados de las casas. Hay muchas personas fuera, y todas van como si resultara imposible separarlas de su sombra. Solo ella no carga con ninguna sombra. La ve acercarse a pie por la plaza de Rossplatz, con el pelo veteado de gris brillando a la última luz de la tarde. Pero no camina con paso raudo y decidido como suele, sino como si una y otra vez se tropezara con un obstáculo invisible y se viera obligada a apartarse a un lado, buscando a tientas con el brazo en el aire. Y está sola. Su caballero la ha abandonado a todas luces o quizá ya ha sacado de ella lo que quería. Camina mirando al suelo y tiene la boca grande y torcida, con una comisura abierta, como suele pasarle cuando ha bebido, como si los labios se le hubieran quedado fijos en una expresión de tedio y desprecio. Johann, dice cuando descubre su presencia, y da otro paso vacilante a un lado, aunque sin enojo, también sin sorpresa, como si considerase que es perfectamente natural encontrárselo ahí. Y en ese momento, el sable está olvidado en su sitio, quiere aclararle al agente. En ese momento bien habría podido hallarse totalmente desnudo delante de ella, en el mismo estado en que salió de las entrañas de su madre, totalmente puro e inocente. Le dice que va a acompañarla a casa y la coge del codo con prudencia. Y ella no protesta, aunque tampoco se amolda ni se deja llevar. Pero él se imagina pese a todo que caminan juntos tal como acostumbraban a caminar, como deberían caminar, como, durante todo el día mientras la ha estado buscando, se ha imaginado que caminarían juntos, cogidos del brazo y ligeramente inclinados el uno hacia el otro. Aunque la gente se ríe de él. ¿Ya estás otra vez corriendo detrás de esa ramera? ¿Dónde te has dejado esta vez a la Woostska? Y

él no dice nada de que lleva todo el día buscándola, no dice nada de nada; y todo sigue entre ellos como siempre, hasta que llegan a Sandgasse y entran en su portal donde ella con un movimiento repentino de ira aparta el brazo de un tirón, como si él hubiera intentado robárselo, y vocifera con la cara muy cerca de la suya *¡que dejes ya de perseguirme por todas partes!* Y solo entonces le recuerda él lo que ella le ha dicho, que le ha prometido que iría con él al pabellón de baile, no con Böttcher. Está tranquilo y sereno, ni siquiera levanta la voz. Pero ella sigue gritándole a la cara. Él quiere volver a cogerla del brazo, esta vez para ver de calmarla —están dentro del portal y en la calle la gente se ha detenido y se ha vuelto para ver qué está pasando—, cuando ella se gira y empieza a golpearlo con los puños. Él es un estorbo en su camino. Le grita. Tiene que quitarse de en medio. Grita. Aún con esa voz chillona y loca que él no reconoce. Y si en ese instante echa mano del sable ni se ha planteado aún utilizarlo. Solo quiere apaciguarla. Pero ella sigue golpeándolo, ahora con fuerza, y además en la cara; y al mismo tiempo hace ademán de ir a llamar a alguna de las personas que se han detenido en la calle, como para que alguien la auxilie (cuando él nunca ha querido para ella ningún mal), y entonces es como si ya no pudiera contenerse más. Agarra el puño con más fuerza y tuerce la hoja hacia arriba y cuando ella se inclina sobre él como para apoyarse mejor en sus hombros la empuja hacia arriba con un fuerte impulso. Y si luego sigue empujando es solo para poder liberar el sable y apartarla. Y la mirada de ella se vuelve grande y ancha y abierta, como de sorpresa, y con un movimiento cauto, casi confiado, gira el torso, pecho y cuello, hacia el suyo, apoya las manos en sus hombros y descansa la cabeza en su cuello. Él quiere sostenerla, sostenerla y guiarla cariñosamente, pero cuando trata de agarrar su cuerpo, que va cayendo despacio, la boca no es ya boca, sino solo una garganta enorme de la que mana a borbotones sangre oscura, negra. Él tiene sangre en el pecho y en las manos. Y fuera, en la calle, todos los rostros reflejan el suyo, revelan el mismo asombro que él siente, la misma estupefacción al comprobar que el cuerpo

que hace un instante sostenía entre sus brazos no tiene ya fuerzas para mantenerse en pie, sino que cae al suelo. Y entonces ya no es posible seguir ocultando la hoja del sable. Él la mira, ellos la miran; y se encoge de hombros y se pone en movimiento tambaleándose hacia ellos, como si quisiera tratar de darles una explicación. Pero lo único que ven es que tiene la sangre de ella en los brazos y en el pecho, y la hoja de sable aún en la mano, y retroceden apartándose aterrados. Y más allá alguien grita *atrapadlo* y entonces él echa a correr, al principio con pasos largos, como ralentizados, luego cada vez más rápido, bajando por Sandgasse hasta que sale a Rossplatz. Aunque casi todos se apartan, hay otros que lo persiguen corriendo, él los ve con el rabillo del ojo, oye que un policía toca el silbato, y sabe que tiene que deshacerse del sable, y entonces ve el estanque allí mismo y arroja el sable sin ver dónde cae, y entonces lo atrapan y por fin todo ha terminado, la señora Woost, su Johanna, está muerta, la mujer a la que quiere por encima de todo está muerta y ha sido él quien la ha matado y ahora está muerta.

Está solo en la celda que le han asignado. La luz entra por una ventana enrejada en la parte alta de la pared y a lo largo del día el aire caliente se adensa y se vuelve espeso de respirar y él se retira instintivamente a la sombra del rincón. Ahí pasa horas sentado en cuclillas con las piernas encogidas contra el pecho y va rasguñando la pared de la celda hasta que se le llenan las uñas de mugre y de residuos. En la pared se aprecian las huellas de todos los que han estado allí antes que él, palabras obscenas y dibujos grabados en la piedra que no es capaz de ver qué representan. Cae en la cuenta de que la pared desnuda de la celda es como una porción de piel carcomida, la piel misma de los prisioneros. Muchas voces se apretujan aquí dentro, igual que más allá por el pasillo donde se encuentran los demás presos, pero en su cabeza todo está vacío y extrañamente apagado. Puede oír los cubos volcarse fuera en el patio y el ruido de un coche de caballos que pasa bajo la bóveda, los gritos de los cocheros, el ruido del ronزال y las cadenas cuando desenjaezan el caballo y lo llevan al establo. El sonido se amortigua a medida que va llegando la tarde, cuando la luz empieza a extinguirse en la celda y cuando llega la oscuridad él se duerme sin darse cuenta y se pasa

la noche entera durmiendo el sueño del exhausto, un sueño vacío y sin pensamientos.

En las primeras horas del alba mientras aún no hay más que una tenue luz gris granulada en la celda llega el vigilante con el desayuno y pone más agua y vacía el cubo de la letrina. El desayuno se compone de pan migado en un cuenco de leche con café. Él come y bebe sin pensar, luego hace sus necesidades en la hedionda letrina del rincón y vuelve a dormirse mientras la luz se desplaza como una ventosa de sangrado por la piel arañada de la celda. Cuando la luz ha pasado por la camilla en la que está tendido llega el vigilante con el almuerzo, un cuenco de sopa aguada con unos pedazos de carne correosa y más pan. Los vigilantes son varios, pero por lo general solo van dos. Uno se llama Wolf y es un hombre larguirucho de espalda corva y algo mayor con la nariz puntiaguda y las sienes hundidas que lleva a cabo sus tareas cotidianas en la celda de W. sin levantar la vista del suelo y con movimientos seguros pero casi sonámbulos. El otro se llama Conrad y tiene la cara grande, rígida, franca, con los ojos redondos y fijos debajo de unas cejas arqueadas y muy pobladas. Toda la cara parece tallada en madera. Conrad trata de entablar conversación con él por distintas vías. Cuando le toca a él la guardia matutina se lo oye silbar y canturrear y hablar solo en voz alta mucho antes de que le lleve el desayuno arrastrando los pies pesadamente. Es la primera vez que comparto el pan con un asesino, dice mientras abre la puerta de la celda. Quiere saberlo todo, hasta el último detalle. ¿Ofreció resistencia la víctima en el momento del crimen? De ser que sí, ¿con qué grado de violencia? ¿Pronunciaron sus labios algunas palabras *cuando cayeron sobre ella las cuchilladas mortales?*, cuentan que la gente en el instante supremo es capaz de decir cosas clarividentes. ¿Y qué clase de mujer era en realidad esa con la que habías tenido relación, Woyzeck? Todo el mundo sabía cómo eran las mujeres, los labios dicen una cosa, el corazón otra, si es que tienen corazón y no solo un regazo húmedo y pensamientos

pecaminosos. Pero Woyzeck no responde, está sentado en la camilla mirándose las manos. Esas manos de asesino. Ella era la criatura más dulce, la más angelical que he conocido, dice con voz susurrante. Tenía un corazón extraordinariamente noble, y siempre un donativo o una buena palabra que ofrecer a un pobre. Conrad lo mira con la cara inexpresiva de la carcoma. Si piensa u opina algo al respecto, no lo dice, se limita a recoger el cubo de la letrina y se marcha.

En la tercera o la cuarta visita, Conrad le lleva a su abogado y a su confesor. Benevolencia y Agonía, como los llamará después.

El abogado y el pastor son hermanos, pero son opuestos en casi todo. El abogado Hänsel es un tipo ingenioso e inquieto. Incapaz de permanecer en un sitio, camina siempre inclinado hacia delante, como si el largo tronco le venciera a tierra el resto del cuerpo, lo que confiere a la cabeza de ojos entornados un aire vagamente reptiliano. Su hermano, el pastor Hänsel, no es alto por naturaleza, pero tiene una figura imponente, como si el cuerpo y el alma se hallaran en eferescencia en virtud de su cargo. Mientras que su hermano, el abogado, toma la palabra, pierde el hilo, va inquieto de una pared a otra de la celda, el pastor Hänsel permanece en la puerta, como si se hubiera quedado ahí encajado. También se le ha encajado la cara: porque en realidad es solo la mirada la que expresa el malestar que siente mientras va errabunda entre el prisionero (W.) y la puerta de la celda en cuyo ventanuco aún se refleja la cara de Conrad.

El abogado Hänsel se siente pese a todo lleno de confianza. Ahora dice que el viejo casero de W., el vendedor de periódicos Haase, se ha pronunciado a su favor personalmente. A instancias suyas han escrito artículos y peticiones en el periódico. En su infinita buena voluntad, Haase ha insistido vivamente en que no solo él, sino varios de sus conocidos y amigos pueden atestiguar si falta hiciere que W. es en el fondo de natural tranquilo y apacible y que en modo alguno puede haber cometido tal fechoría más que en un estado de máximo aturdimiento.

En cuanto W. consiga probar objetivamente su caso, ¡él hará por que todo se arregle de la mejor manera!

Pero al mismo tiempo que el abogado expresa todas esas garantías tiene ya la mirada puesta en otro lugar. Golpea con el brazo la puerta de la celda para llamar la atención del vigilante. Y la cara de Conrad asoma ya por el ventanuco, como si el ventanuco y él fueran una pintura que llevara décadas ahí colgada.

Así que la Benevolencia se va, pero la Agonía se queda.

El pastor Hänsel lo mira con una sonrisa que no es lo bastante amplia para ocultar la aversión que siente.

Hänsel (sacerdote). Con el infortunio que usted mismo se ha acarreado no puedo yo hacer nada, pero quizá pueda darle algún consejo útil para el gran engaño en que se encuentra.

W. mantiene las manos en el regazo. Cuando las abre, siente que son como dos heridas abiertas. ¿Qué puede uno hacer con las manos, si son heridas? No las puede utilizar para nada, tampoco puede liberarse de ellas. Mira al pastor Hänsel, y su mirada alberga sin duda algo parecido a una súplica, por un instante parece como si el clérigo ablandara un poco su rígido ademán.

Hänsel (sacerdote). He venido a aconsejarle en medio de ese estado de profunda confusión y preocupación, Woyzeck. Y, de ser posible, a aliviar su sufrimiento.

(¡Johanna, Johanna...!)

Hänsel (sacerdote). ¿Se ha preguntado alguna vez qué propósito tenía Dios con su persona?

Días, semanas transcurren de ese modo.

Una mañana aparece Conrad en compañía de otros dos vigilantes de la prisión, y Conrad dice que bueno, ya puedes espabilar, Woyzeck, porque tienes una visita muy elegante.

Conrad le habla con los labios estirados formando una amplia sonrisa, como si en realidad quisiera decir otra cosa, y de pronto cae en la cuenta de que no se va a producir ningún procedimiento

judicial, que ni siquiera le darán una sentencia, sino que van a deshacerse de él igual que de un animal herido e inútil, de un navajazo en el cuello o de un tiro en la nuca. Y por primera vez desde que lo trajeron aquí, siente que de nuevo le crece por dentro parte de la indignación de antaño, esa vergüenza eterna del agraviado al que nunca se le concede la palabra, que nunca puede tomar papel y pluma para escribir a sus seres queridos ni aun para saldar cuentas antes de dejar la vida terrenal, y bien saben los dioses que tiene deudas que satisfacer.

Sin embargo, cuando trata de decir todo esto, a Conrad, en primera instancia, que es el que va más cerca de él, este lo golpea con fuerza en la cabeza y le dobla los brazos a la espalda. Unidos de ese modo preso y guarda, van los dos dando traspiés mientras recorren un largo pasillo, mientras suben una escalera y hasta que entran en una sala de interrogatorios. Tarda unos instantes en caer en la cuenta de que se trata de la misma sala a la que lo llevaron unas semanas atrás. Solo que en esta ocasión está repleta de caballeros de varios tipos. El señor Richter, alcaide de la prisión, se encuentra en la sala, al igual que los dos agentes que lo interrogaron la primera vez. También un escribano, que está en pie totalmente inmóvil, como muerto de miedo, detrás del atril. Igual que el médico de la prisión, un hombre mayor algo corpulento de cejas espesas, al que los otros llaman doctor Stöhrer. Y también se encuentra allí el abogado Hänsel, con ese cuerpo suyo larguirucho y ansiosamente inclinado hacia delante y esa sonrisa huidiza.

El punto central de la reunión no lo constituye, sin embargo, ninguno de esos caballeros, sino un anciano que, a causa de su escasa estatura, apenas se puede distinguir al principio entre el pelotón de guardias y agentes uniformados.

El señor Clarus, consejero real, se encuentra aquí para examinarlo, dice Richter, alcaide de la prisión, cuando el bullicio que ha estallado al verlo llegar se apacigua un poco y lo conducen ante tan diminuta persona. Te pedimos por ello que te quites el traje de presidiario.

Dos hombres de la guardia se adelantan para desnudarlo. Él se encoge instintivamente cuando lo tocan. Se le ha despertado el instinto de siempre, el que se activa cuando hay mucho movimiento a su alrededor y teme golpes o reprimendas. De pronto no logra distinguir a nadie en la sala, todos se desploman como si fueran bolos. Le tiembla el cuerpo entero, pero los guardias están resueltos. Mientras uno de ellos le sujeta las manos, el otro le baja el calzón salpicado de manchas y le saca la camisa por la cabeza y los hombros.

Ahora están en círculo a su alrededor, y él en el centro: desnudo, tembloroso. Como un animal. Algunos se ríen abiertamente, otros le clavan la mirada en la entrepierna con desvergüenza mientras él se cubre con las manos. Y otros apartan la mirada como si la sola visión de su desprotección animal resultara demasiado abrumadora.

El único que parece no tener ojos para él ni para nadie en general es el minúsculo consejero. Mientras lo han ido despojando de la ropa, Clarus ha abierto un gran maletín negro con cerradura de bronce que ha colocado en el centro del escritorio y del que, sin rastro visible de premura, empieza a extraer una serie de instrumentos. Clarus le agarra el brazo, le toma el pulso en la muñeca y en un lado del cuello, le observa los dos ojos, escucha su respiración aplicándole un tubo al pecho y a la espalda, le pellizca y presiona donde puede, incluso en la cabeza.

A ver, Woyzeck, hablemos de las voces que dices haber oído. ¿Con qué oído fue?

Risas en la sala.

¿Y qué clase de sonido producían esas voces?

Renovadas risas, la gente habla animada.

¿Eran como un rumor o... cómo decirlo... sonaba más bien acuoso...?

Y comoquiera que Woyzeck lo mira sin comprender, Clarus repite cada palabra, muy despacio y exagerando los movimientos de los brazos, como si W. fuera de verdad duro de oído.

¿Lo oíste con *esta* oreja? ¿O fue más bien aquí arriba?

Le golpea el cráneo con fuerza por encima de la oreja izquierda, y al ver que W. se defiende protegiéndose la cabeza con los brazos, varios de los presentes se echan a reír. Incluso el consejero esboza una sonrisa, si bien un tanto forzada, como para indicar que comprende el regocijo general, aunque el deber y la profesionalidad le impiden participar en él. Cuando las risas se extinguen, él estira su insignificante estatura y carraspea con cara seria.

Ya pueden marcharse todos, que el delincuente y yo tengamos la oportunidad de hablar a solas un rato. El escribano puede quedarse.

El grupo presente en la sala de interrogatorios se aleja sin dejar de reír mientras el escribano se queda allí de pie indeciso y asustado en el atril. Con cierta meticulosidad, el consejero se sienta delante del escritorio y vuelve a sacar del maletín todo el instrumental de examen. A su alcance, detrás del escritorio, hay una campanilla unida por un cordel del techo a otra idéntica que se encuentra en la sala de guardia contigua, lo que le permitiría pedir ayuda si el delincuente se pusiera violento. Pero diríase que el señor consejero no teme que pueda pasar algo así. Mira a W. examinándolo, no con curiosidad, penetrante e indiferente a un tiempo. Finalmente, algo parecido a una sonrisa se aprecia en el rostro seco de Clarus. No es como una sonrisa normal, sino más bien como si la piel de la cara se estirase y dejara visible una hilera de dientes.

El encausado puede sentarse, dice el consejero entonces, y le indica a W. que se siente en la silla que hay colocada delante del escritorio y, en el preciso instante en que W. se sienta, el escribano se prepara detrás del atril.

Clarus. El abogado Hänsel ha tenido el buen criterio de comunicarme con antelación que el encausado es de naturaleza tranquila y pacífica. En el fondo. ¿Es esta una observación conforme a la verdad?

Woyzeck. Yo no me atrevo a pronunciarme al respecto, señor consejero. A otros correspondería...

Clarus. La acción que ha cometido el encausado se habrá producido en tal caso en un estado de falta de juicio súbita. Sencillamente, debe de haber perdido la razón. Cometer un acto de semejante

brutalidad y sin un ápice de remordimiento, además, a la vista de todos, no puede explicarse de otro modo, ¿o qué opina el encausado?, a menos, claro está, que estuviera ebrio a la sazón, pero los dos agentes que lo detuvieron han declarado que no lo estaba, al menos no más que de costumbre. ¿Es así? ¿Estaba el delincuente bajo la influencia de bebidas espirituosas?

Woyzeck. No.

Clarus. ¿Podemos, pues, hacer constar en acta que el delincuente no tiene noción de cómo ni por qué cometió aquella acción, y que la ingesta de bebidas espirituosas no guarda relación con ella?

Woyzeck. (...)

Clarus. ¿Experimenta el delincuente la menor vergüenza o remordimiento por la execrable acción que ha cometido?

Woyzeck. (...)

Clarus. ¿Podría mirarme a la cara el delincuente mientras responde?

Si antes había en su rostro una sonrisa, ya ha desaparecido. Moja la pluma en el tintero y escribe. Luego toca la campanilla sin levantar la vista del papel.

Enseguida aparece el guardia.

Clarus. Es todo. El delincuente puede marcharse por hoy.

Aunque es posible que la suposición de Clarus no sea inexacta. La culpa se resiste a materializarse. Se siente vacío, casi ingrátido. Es un alivio que ella no le ocupe el pensamiento día y noche. Sin embargo, el alivio pronto se transforma en un sentimiento de irrealidad. Todo habría podido transcurrir de otro modo. Empieza a pensar en cómo habrían sido las cosas si no hubiera salido a buscarla aquel día, sino que se hubiera quedado esperándola en Funkenburg tal como le dijo que haría. ¿Y por qué había de buscarse una empuñadura para la hoja de sable? Además de ir corriendo como un bobo, objeto de las burlas de quienes lo veían ir y venir preguntando por ella una y otra vez, sin tener la menor idea de adónde iba ni por qué. ¿Qué habría ocurrido si se hubiera calmado y se hubiera quedado allí? En ese caso, ella tal vez hubiera vuelto a su lado, tal como había hecho antes cuando él no intentaba dirigirla y darle órdenes. Al final ella siempre acababa volviendo tarde o temprano. Cuanto más lo piensa, más apurado se siente. Solo por librarse de la tenaza a que lo sometía la angustia salió corriendo como un insensato, como si solo fuera uno de esos animales que el domador iba azuzando ante sí en la jaula colgante. Tenía el domador una vara bien larga,

con un gancho en el extremo, para que los animales hambrientos y desesperados no alcanzaran a morderle, y así iba Henze por todo lo largo y ancho del reino con su teatro de fieras ambulante, y por todas partes animaba a la gente a que invirtiera unas monedas para ver a las pobres bestias dando vueltas en las jaulas, a pesar de que todos sabían que estaban demasiado desorientadas y hambrientas como para por sí solas tener fuerzas para acercarse a una presa tan seductoramente dispuesta. Así habrían apostado por él también, seguramente, allá en Funkenburg, mientras corría con la patética hoja de sable rota. *¿Encontrará a su ramera a tiempo ese necio jadeante?*

Raspa la pared con la mano, tratando de evocar el rostro de ella una última vez, pero la imagen está desgastada, arañada, y es él quien la ha ido arañando poco a poco, y grita de angustia a los cuatro vientos igual que la escuálida zorra, la más destacada de las fieras acosadas de Henze, dejaba escapar un grito cuando se abría la trampilla bajo sus patas y se quedaba con la garganta aprisionada mientras los espectadores, aullando de rabia, empujaban con bastones y porras entre las rejas de la jaula para que el pobre animal empezara a moverse otra vez.

Siempre en movimiento, nunca ningún descanso.

Entonces se oye un chirrido en la cerradura y alguien pronuncia su nombre en voz alta. Lo dice con una voz tan clara y sonora que al principio no lo reconoce, y cuando abre los ojos, tampoco reconoce la celda, solo la cara afilada del guardia Wolf cuando se inclina sobre la suya, y sus manos, que le encadenan los brazos al catre mientras los agita.

¿Nos trae alguien una vela?, se oye decir a una voz masculina, de una profundidad y una suavidad sorprendentes, desde algún punto de la celda.

El pastor de la prisión ha venido a verte, dice Wolf, y lo suelta.

Pero W. ya ha reconocido al pastor por la sotana y la copa redonda del sombrero.

¿No tiene ninguna vela?, dice el pastor, y se acerca un poco más. ¡Pues tráele una de inmediato!

Wolf abre la puerta de la celda y la cierra al salir, y sus pasos pesados y cansinos se alejan por el pasillo. W. no sabe qué hora es, si es de noche o si es por la mañana temprano, y esa incertidumbre le produce una sensación de malestar. ¿Quién habrá llamado al pastor de la prisión? ¿Qué ha hecho o dicho él para motivar esa visita? No lo recuerda, y lo curioso es que tampoco recuerda lo que hizo antes de dormirse ni tampoco cuánto tiempo lleva ahí, pueden haber sido días, semanas o meses: el tiempo no tiene en él ningún punto de apoyo. Lo único que sabe es que hace frío y se siente la piel casi como dormida cuando se frota la cara con los dedos. Las sombras de la pared se dividen como cuando alguien abre unas cortinas, y Wolf aparece con una vela. Oye voces de los otros prisioneros, el ruido de cuencos y cubiertos. Así que debe de ser por la mañana temprano. Solo que aún no hay luz fuera.

Soy el padre Oldrich, dice el pastor de la prisión con una voz suave aunque penetrante. Seguramente no lo sepas, pero me has llamado.

A la luz de la vela que Wolf ha colocado en el borde del catre, observa que el pastor de la prisión es muy joven, tiene la piel de las bien rasuradas mejillas brillante y roja por el frío. No puede tener más de veinte años, pero es alto y corpulento, le saca a W. una cabeza.

El pastor Oldrich. Comprendo que te atormente lo que has hecho.

W. (...)

El pastor Oldrich. Nadie se convierte en asesino por voluntad propia. Dios jamás permitiría nada semejante.

W. Y aun así, ha sucedido.

El pastor Oldrich. Claro que puede que no actuaras como lo hiciste por voluntad propia, estabas fuera de ti, en manos de algo que no podías dominar.

W. He actuado mal, he incumplido la ley, lo sé.

El pastor Oldrich. Yo no hablo de la ley, Woyzeck.

W. Fue como si me hubiera agarrado el pecho la mano de un gigante.

El pastor Oldrich. Actuaste contra tu voluntad, Woyzeck, y en ese sentido, también contra la razón suprema de Dios. ¿Por qué iba

a querer Dios para los seres que él mismo ha creado algo distinto de aquello que es sensato y decente y justo, de aquello por lo que hasta los desgraciados como tú albergan en el fondo un gran deseo...? Considéralo, Woyzeck.

W. (...)

El pastor Oldrich. Dios acoge y perdona incluso a quienes se han apartado del camino de la razón, siempre que te sientas lo bastante culpable y arrepentido de tus acciones, no hay que avergonzarse de reconocerlo. Tú sabes leer, ¿verdad?

Saca una Biblia de las faldas de la amplia sotana, aparta sin ambages el faldón, se arrodilla ante el catre y le indica a W. que haga lo propio. Lee conmigo, dice, y pone el dedo al principio de la página que acaba de abrir. El aleteo de la llama de la vela hojea la habitación como si esta también fuera un libro.

El pastor Oldrich. «Busqué al Señor, y Él me respondió, y me salvó de todo el terror que sentía.»

W. ... Y me salvó de todo el terror que sentía.

El pastor Oldrich. «El Señor está con los que tienen el corazón destrozado y salva a los atormentados de espíritu.»

W. ... Y salva los atormentados de espíritu.

El pastor Oldrich. «Pero el Señor redime las almas de sus siervos, y nadie que busque amparo en Él seguirá siendo culpable.»

W. ... Que busque amparo en Él.

Levanta la vista, puesto que cree que el rato de oración ha tocado a su fin. Pero el pastor sigue arrodillado, con la frente apoyada en el catre, y al aleteo de la llama ve con claridad la nuca desnuda del pastor. Es una nuca de un blanco extraño bajo el cuero cabelludo, y demasiado vulnerable ahora que se ha quitado el sombrero de copa redonda. Algún día yo también estaré así, igual de expuesto que él ante la espada de Dios, piensa.

Amén, dice el pastor, y se levanta.

También W. trata de levantarse, mas se le doblan las piernas y se queda arrodillado junto al joven pastor, como si estuviera rogándole algo. El pastor sonrío como se sonrío ante la ocurrencia de un

niño, lo agarra con fuerza de los hombros y consigue que se ponga de pie.

El pastor Oldrich. Bueno, bueno, Woyzeck. ¡El objetivo no era que nos arrastráramos por el polvo como meros animales! También tú estabas destinado a algo más grande, a pesar de lo mal que te han ido las cosas.

Dicho esto, hace la señal de la cruz sobre él y W. recibe la bendición con la cabeza hundida. Wolf lleva todo el tiempo esperando en la celda. Ahora abre de nuevo la puerta y se aleja por el pasillo con el padre Oldrich. Aunque ya empieza a haber más claridad, la claridad suficiente para que las paredes de la celda vuelvan a apretujarse otra vez con esas caras arañadas, excavadas.